

En fin, así son las cosas. Es un trabajo asqueroso, pero todavía no me mandan al frente, no he disparado desde la trinchera, ni he hecho guardia. Todo esto porque no tengo buenos pies. Pero no puedo esperar que el resto del tiempo me la pase escribiendo poesía y leyendo a Gibbon. Los prisioneros se burlan de mí, me hacen caras, se ríen, me ruegan que les preste dinero, y de hecho se portan como una turba de niños de siete años. Había un hombre particularmente molesto. Quería que le prestara dinero. Le expliqué que eso era ilegal. Entonces me citó lo que dice San Pablo de la caridad y dijo que yo era una trompeta sonora y un tambor retumbante. Lo que

resultó fue que los prisioneros me echaron a perder y me empecé a reír. Veo que los prisioneros la pasan mal.

Al mes siguiente se atreve a voltear por primera vez el dorso de sus tirantes, algo colosal, y termina una "Canción de un soldado cuya partida coincidió con una inspección", la cual envió con una nota al bombardero, con la esperanza de que esta canción "diera fruto en la estación debida". "Yo creo que algo debía andar mal con Bob Robertson", reflexiona con ansiedad. "Anoche descubrí que tiene una colección de veinte fotografías de torsos de mujer en su cuarto, ninguna de las cuales trae la mínima ropa". Otro amigo actúa extrañamente:

Buffin llegó anoche de puntitas a las 11.30, una hora en la que no debería estar en ningún lado más que en la cama. Vino a la cama y dijo algo cariñoso cuando yo estaba medio dormido, así que cerré el puno y le dí en la nariz de sorpresa. El resultado fue que se puso a gritar "¡Me pegó en la nariz!", lo que repitió unas cincuenta veces, causando así un tremendo alboroto. Dije que me arrepentía de no haberle roto el cuello.

Tomado de *The London Review of Books*, octubre 10, 1991. Traducción de A.S.

La memoria de los mapaches

Alicia Olivera de Bonfil

Antonio García de León, *Ejército de ciegos. Testimonios de la Guerra Chiapaneca entre carrancistas y rebeldes, 1914-1920*, México, Ediciones Toledo, 1991.

Usar fuentes orales en la investigación es complejo. La problemática a la que nos enfrentamos es diferente de la que encaran quienes trabajan con archivos, documentos, bibliografías, estadísticas; la simple posibilidad de repasar, una y otra vez, sus fuentes.

Nos enfrentamos a personas, seres que viven y sienten y no po-

demo interpelarlos, utilizarlos y "archivarlos" nuevamente, sin que hayan realizado un cambio en nuestros propios sentimientos. Cada entrevistado, cada informante nos brinda una parte de su propia vida y de algún modo nos incorpora en ella. Por otra parte ¿desde dónde oímos? ¿Con qué fin? ¿Qué lecturas podemos hacer de esas voces? ¿Cómo pasar de lo individual a lo colectivo, del recuerdo a la historia, del chisme a las hipótesis? ¿Con qué criterios deslindar, jerarquizar, codificar un cúmulo frecuentemente caótico de voces? ¿Cómo anotar esta polifonía? ¿Qué es útil,

qué significativo, qué prescindible?

La historia oral se nutre de la experiencia directa y nos enfrenta a visiones posibles del pasado: lo que se creía olvidado viene y contradice, y toda memoria distinta sirve de fundamento para otros razonamientos. Al trabajar con voces el historiador construye sus propias fuentes, ordena de otra manera, sigue flujos distintos: es la subjetividad por excelencia.

En archivos de la palabra, cintas y transcripciones se inicia un diálogo permanente que los relatos nunca hubieran, por sí mismos,

iniciado. Toda fuente oral es colectiva hasta que llega a los escritos. Nosotros, sus escribanos, hemos de ser parte de esa comunidad de textos. El relato es palabra, memoria, historia, tradición, costumbre, cultura y representación, ya que esta última requiere de interlocutores. A diferencia de lo que sucede con la escritura, este método de investigación mira a los ojos. Pero la grabación en sí tampoco es salvaguarda, requiere de un largo trabajo: transcripción, audición, edición, relación con otras fuentes, escritura. Una vez lograda la comprensión nos enfrentamos a otra tarea tal vez más difícil: explicar. Incluso cuando se habla la misma lengua, la voz no es fácilmente manejable porque en su seno, además de los deseos y la intención del otro, se encarnan los nuestros. Por ejemplo, entre los indios que quisiéramos, y los que son, hay filtros históricos múltiples: la memoria convive con la amnesia, y ambas son formas de sobrevivencia, de permanencia de lo indígena.

Detrás de cada relato hay un texto colectivo y un vínculo de varias instancias: gesto, canto e historia concurren en rituales, por ejemplo. Además hay redes entre las voces y los silencios, los supuestos y los sobreentendidos, y claro, está el filtro adicional del cambio de lenguaje. Indagamos con otros referentes. El "sabe..." de nuestros informantes es la palabra que marca nuestros límites, nuestra imposibilidad de acceso.

Todo lo transcrito adolecerá de estos males. Nuestros deseos no importan, tampoco nuestra buena voluntad. Nunca serán totales; todo texto tendrá huecos. Incluso cuando lleguemos a los suficientemente porosos, móviles y ricos, hemos cometido un contrasentido de principio: los hemos sacado de su contexto y forma original. La paradoja

de esta transgresión es que, siendo amenazados por la escritura, es a través de la escritura que encontrarán su supervivencia, aunque nunca su vida originaria.

Podríamos decir que hay diferentes formas de hacer historia oral: una de ellas técnica, apegada a la metodología, pero fría y distante, que describe desde afuera, que analiza desde un plano superior. Las entrevistas se obtienen sin un entendimiento mutuo, sin un libre convencimiento y por lo tanto no pueden ser comprendidas plenamente en su significado por ninguna de las partes. Hay quienes creen hacer historia oral porque realizan entrevistas fortuitas, quizá bien logradas. Las publican sin más labor de investigación que una breve introducción, sin profundizar más en el asunto. Inclusive pueden resultar interesantes, pero no hay más; no las integran a un archivo para establecer el diálogo con otras del mismo género, perdiéndose luego en las bodegas del olvido. Otra forma es la que se hace de manera comprometida, pero sobre todo comprendida. Esto no significa que esté despojada de una técnica y una metodología muy depuradas y además bien aplicadas. Este es el caso del libro que nos ocupa.

Sin pretender adoctrinar, nuestro autor logra un excelente trabajo en donde la técnica y la metodología están demostradas en lo que logra y no en interminables párrafos con reglas que repasar una y otra vez quizá sin necesitarlas; porque están implícitas en la amplia experiencia que demuestra. Su labor en el campo de la investigación y en la práctica de la historia oral no es improvisada, viene desde su época de estudiante de antropología, en que, independientemente de su trabajo en archivos y bibliotecas, lo atrajo en forma apasionante el trato directo con los viejos y jóvenes

protagonistas de los sucesos históricos.

García de León no se conforma con conocerlos y entrevistarlos sino que va más allá: se identifica con ellos, se introduce en sus vidas y muchas veces las comparte, gustando de lo que a ellos gusta, aprendiendo a gozar y disfrutar de lo que disfrutaban y no pocas veces a luchar por lo que ellos luchan. Recuerdo muy bien su relación profunda con don Arcadio Hidalgo, viejo revolucionario, trovador, jarocho y compositor de corridos, maestro de jóvenes aprendices de jarana y arpa grande.

La historia de la Revolución Mexicana es mucho más que la toma particular de haciendas, las batallas y las peripecias de los soldados; es algo más que los relatos monótonos de los viejos: es la descripción de la vida diaria, las mil maneras de sobrevivir, la leva, las penurias, la muerte, la esperanza, la decepción o el desconcierto, la ira ante el cambio.

En su trabajo, García de León hace gala de profesionalismo; independientemente de la pulcra edición—seguramente cuidada por él—y de la espléndida portada—diseñada por Bernardo Recamier—, realiza una excelente introducción en la que ubica adecuadamente al lector en el ámbito en que se desarrollan los acontecimientos de las 10 entrevistas que presenta, que según advierte, son una selección de medio centenar realizadas por él entre 1977 y 1978 en los municipios de Villa Flores y Villa Corzo, con veteranos de la "lucha rebelde que barrió los valles centrales de Chiapas" a partir de 1914. Remata su introducción con una muy completa bibliografía de los movimientos sociales ocurridos en esa zona.

Ilustra el libro como con una colección de fotografías relacionadas con los personajes y los relatos, y

agrega un mapa que nos muestra los distintos territorios rebeldes de los grupos que se formaron en 1917, así como dos cuadros sinópticos, uno de la organización de la División Libre de Chiapas con las brigadas que la integraron y su composición social, y otro donde informa sobre la organización de la División Veintiuno del Ejército Constitucionalista del Ejército del Sureste, comandada por Salvador Alvarado en 1915. Como buen lingüista, agrega un glosario que nos permite entender los modismos vertidos en sus entrevistas. Demuestra, además, la cuidadosa investigación que realizó en torno a ellas, con notas al pie de página que enriquecen, aclaran y complementan lo dicho por los viejos.

Toda la información complementaria es de gran utilidad para formarse una idea más precisa de lo que dice en todos los relatos que conforman el libro. Agrega algo que no podía quedar fuera tratándose de una investigación de García de León: los corridos de la mapachada. Una buena colección de ellos con el nombre de quien se los dio y la fecha en que los recabó, convencido como todos los que los hemos oído en lugares donde tuvieron arraigo, que los datos que aportan son complemento y base, en muchas ocasiones, de lo que realmente aconteció. Y no resisto las ganas de transcribir uno:

Corrido del Carrancista

Voy a cantar un corrido
del combate y con respeto
que nos chingaron en Tuxtla
por el tal vómito prieto.

Hermelindo Santiago, 1977.

En la contrasolapa del libro viene una relación de los títulos, grados y obras publicadas por el autor,

sin embargo no se habla ahí de su trayectoria personal, de sus gustos, de sus aficiones y de sus cualidades como estudioso de las causas de los integrantes de los estratos más desprotegidos de la sociedad, pero sobre todo de los hombres del campo con quienes ha convivido. Tal vez porque los conoce muy bien es por lo que ha logrado que sus entrevistas no se sientan acartonadas, artificiales y poco convincentes; por el contrario, presentan un desarrollo fácil y espontáneo; podríamos decir que no necesitó "corretear" a sus entrevistados para que le confiaran sus recuerdos, sino que se los entregaron como a un amigo, para que al irse ellos de este mundo quedara un testimonio de su paso por él.

Con "la memoria del llano", introduce al lector, haciendo gala de una clara y bellísima prosa, en el mundo de La Frailesca y del Valle de los Corzos en Cintalapa, Chiapas, en los años de 1910 a 1920, época de la revolución que incendió a toda la república así como la forma como la vivieron y sintieron en esa región. Para lograrlo hace un análisis de los diferentes grupos que se formaron en torno a los intereses políticos, económicos y sociales, y las diversas interpretaciones que sus protagonistas dieron a esa lucha. Ilustra cada uno de esos grupos, con una excelente selección de testimonios que conforman el libro, acompañados cada uno de una presentación que incluye datos aclaratorios sobre el personaje. A los grupos que presenta los distingue así: los carrancistas, los mapaches oficiales y finqueros, los mapaches caporales y aventureros, los mapaches de la tropa y los zapatistas.

Describe asimismo la forma muy particular en que la revolución mexicana se llevó a cabo en esa parte de la república, y explica, con fina

percepción, quiénes se incorporaron al carrancismo y por qué, y quiénes, por las especiales circunstancias que privaron en las haciendas finqueras, chiapanecas, se opusieron a la revolución por razones muy explicables de vida y parentesco; dice, por ejemplo:

Los mozos y sirvientes, criados en los establos, y en el aislamiento, compartían muchas cosas con los amos: estaban en todo, cultural y consanguíneamente, emparentados gracias al "derecho de pernada" que permitía a los patrones contribuir con su granito de arena a la reproducción de esta especie. Los propietarios y la rancharada eran tíos y padres, abuelos, y a menudo, a los que se debía "lealtad", a cambio de "protección": defensa contra cualquier peligro externo que atentara contra la integridad de una hacienda de la que todos se sentían propietarios (p. 8).

Así nos describe el autor las características que la revolución tuvo en el sureste de la república, ya que los que se dijeron villistas, por ejemplo, no sabían lo que esta facción representaba, ni tampoco los zapatistas que encabezó Cal y Mayor; ni siquiera los que se decían carrancistas sabían muy bien por qué peleaban, por eso él les llama "Ejército de Ciegos".

El primer intento de revolución maderista en la Frailesca fracasó, primero, porque ya con anterioridad había renunciado el gobernador porfirista, y segundo, porque casi nadie quiso "levantarse en armas contra respetables ranchos del lugar". De alguna manera todos constituían una gran familia; claro está, una familia muy especial en la que algunos de sus

para enriquecer con investigaciones de archivo y de campo nuestro pasado africano. Es por eso que el libro que presentamos tiene importancia. Además de sumarse a otros estudios recientes, ayuda a desterrar la imagen popular de que sólo hay población negra en las costas (Veracruz y Oaxaca). Cada día esta visión cambia y se percibe la importancia de su presencia, y la de sus castas derivadas por el mestizaje, aun en sitios tan alejados como Saltillo.

El conquistador Hernán Cortés desembarcó en costas mexicanas acompañado de un negro que venía como sirviente. Otros conquistadores también se hicieron acompañar de sirvientes y soldados negros en sus viajes de conquista. Los primeros frailes como fray Juan de Zumárraga, obispo de México y fray Bartolomé de Las Casas, se hacían acompañar de sirvientes negros. Destaca el negro "Juanillo", quien ayudaba en todo y cargaba al cruzar los ríos al primer Obispo de Chiapas.

Después de la conquista, al diezarse la población india por las fuertes epidemias y guerras, se empezó a suplir la mano de obra que se necesitaba con la compra de negros, que por medio de la Trata llegaban provenientes sobre todo de la isla La Española, hoy Santo Domingo.

¿En dónde su ubicaron los negros? Don Gonzalo Aguirre Beltrán menciona que durante la colonia el negro era destinado al trabajo en los trapiches y en las haciendas de Tierra Caliente, pero que también fue requerido tanto en lugares tierra adentro: en el altiplano y en las altas sierras, ahí donde había explotaciones mineras, y también en los obrajes de las grandes ciudades. De tal manera que la influencia del negro, en su aspecto biológico y cultural, se puede encontrar en los

centros vitales del amplio territorio nacional.

En el Norte de México, dicen los autores, también se allegaron los negros acompañando a conquistadores y evangelizadores, como a Cristóbal de Oñate en Jalisco. En Durango, Gutiérrez Casillas cuenta que en una rebelión india de fieros tepehuanes, murieron españoles y negros o mulatos. En las parroquias y misiones sonorenses se encuentran misiones de jesuitas desde el Mayo hasta Cucurpe donde había muchos mulatos. Pero las ciudades norteñas a las que llegaron más esclavos negros fueron Zacatecas y Parral. En Zacatecas, debido a su propio proceso productivo, existió un Real de Minas con un gran contingente negro, tanto de esclavos como de libertos. Estos trabajaban en el proceso de amalgamación de plata, proceso que por su alta peligrosidad estaba vedado a los indios, ya que el contacto corporal con el mercurio (indispensable para aislar el metal), tenía efectos mortales y producía estragos inmediatos y muerte temprana para las personas que lo manipulaban. Pero dicen los autores que "los negros soportaban más tiempo que los indios el envenenamiento".

Por otra parte encontramos a los parralenses como esclavistas desde 1632 y con una población negra muy superior a la india y a la española. Este sitio, centro minero, se aprovechaba del excedente que se generaba al vender la plata para adquirir más esclavos. Por la ciudad se paseaban algunos negros libertos que orgullosos se hacían seguir de sus propios esclavos negros que compraban para su servicio personal. Consigna que en Chihuahua los dueños de haciendas compraban negros para utilizarlos como vaqueros y carboneros. Los jesuitas de Durango y Pa-

rras, así como el párroco de Monclova, también compraban y vendían negros esclavos.

Pero ¿qué hacían los esclavos negros en Saltillo? Para 1777 la ciudad de Saltillo, con sus ranchos y haciendas, contaba con una población de 6,476 habitantes. De éstos, hay un buen porcentaje de españoles, pero también había un número importante de indios y de una serie de mezclas que conformaban las castas en la colonia. En el censo de este año los autores señalan los siguientes porcentajes: español 27%, mulato 24%, coyote 20%, indio 13%, castizo 5%, morisco 3%, lobo 3%, mestizo 2%, ahí-te-estás 2% y negro 1% (aunque los expedientes analizados en el Archivo Municipal de Saltillo arrojaron una cifra de 13.3% de negros). Esto muestra la amplia gama para el mestizaje en esta pequeña ciudad.

En la Villa de Santiago los negros eran usados en su mayoría como sirvientes domésticos. Los menos eran utilizados en faenas agrícolas, cuidado de animales, en sastrerías o confección de sombreros. "Cocinar, cuidar niños, dar pecho, lavar ropa, coser, planchar, barrer, encerar pisos, eran labores femeninas, y cuidar bestias, caballos, regar, hacer adobes, cobrar deudas y hacer mandados, eran de hombres". En esta ciudad y en las pequeñas haciendas y ranchos todos o casi todos tenían a su servicio a negros o mulatos esclavos. La tenencia de esclavos otorgaba prestigio social.

Cualquier capitancillo, un burócrata o un rancharo hubieran sido mal vistos si no poseyeran uno o más mulatos que les sirvieran... Muchos esclavos eran mozos mandaderos que debían ejecutar aquello que daba vergüenza hacer a sus amos, como

por ejemplo ir a avisar algo a un compadre. Un español saltillero, aún para desplazarse a cien metros de su casa lo hacía montado a caballo: ¡el andar a pie era de negros e indios! Pero el amo a caballo tampoco se movía solo. Le seguía trotando un mulatillo como signo señorial. Las españolas llegaban a misa seguidas de cerca por sus criadas y por algún mulato mejor vestido... También los párrocos tenían en las iglesias a mulatas cocineras y mulatillos para los mandados y negros que recogían limosnas y diezmos en las rancherías lejanas.

El libro se centra en la investigación hecha en 248 expedientes del Archivo Municipal de Saltillo. El primer documento data de hace 333 años. Estos documentos se refieren a negros y mulatos en su mayoría, tanto esclavos como libertos.

Muchos esclavos no eran declarados al fisco ya que por la escrituración de un mulato se debía pagar entre 7 y 11 pesos oro a la Caja Real, así como un pequeño cargo al escribano por el trámite. Por eso los documentos hacen referencia más bien a esclavos que se vendían o bien a cartas de liberación que a veces los mismos familiares del liberto pagaban. Por los documentos analizados se puede hablar de 156 años de esclavismo saltillense, pero los autores afirman que la presencia de esclavos en Saltillo abarca cuando menos 205 a 215 años.

El racismo estuvo siempre presente. Las castas no tenían acceso a determinadas esferas y los matrimonios entre españoles y "sangre sucia" no eran bien vistos. Con todo, hoy nos encontramos con un Saltillo totalmente mestizado.

Un esclavo se podía comprar, heredar e hipotecar. En los documentos encontrados algunos de ellos se refieren al esclavo como bien mueble; así, se venden a veces junto con animales domésticos. Costaba entre 200 y 400 pesos oro. Se podían vender en más o menos, pero de acuerdo con la relación de vendedores y compradores de esclavos que se presenta como anexo al libro, los mejor cotizados eran los negros; uno de ellos llegó a pagarse, en 1723; en 900 pesos oro. Cuando una casa en la calle Real, una de las más importantes en Saltillo, se vendía en 150 pesos oro.

Los esclavos que provenían de los barcos negreros llegados directamente de África eran muy cotizados por los mineros y éstos a su vez desplazaban a mulatos que eran vendidos en otras villas. Ya en la reventa probablemente aumentaban los precios. También la demanda superaba a la oferta y esto hacía encarecer a algunos esclavos. En Saltillo las esclavas jóvenes fueron mejor pagadas que los hombres. Eran más bien dedicadas al servicio doméstico.

¿Quiénes compraban y vendían esclavos? Los autores destacan que quienes más lo hacían eran los mili-

tares: alféreces, capitanes, generales, tenientes, justicias, sargentos, manejaban esclavos. Otros eran los labradores, rancheros y hacendados, y como un tercer grupo tenemos a bachilleres, licenciados y doctores, que formaban parte de la jerarquía eclesiástica.

Los mercaderes en Saltillo hicieron buena fortuna con la venta de esclavos y también algunos comerciantes que al final de la colonia a través de sus abarrotos comerciaban con la venta de esclavos. En este periodo, también debido al fuerte mestizaje, se habla en los expedientes de "mulatos de color blanco", "color membrillo", "trigueño" y posteriormente también de "esclavo blanco producto de vientre esclavo". Para darnos cuenta de la amplia gama que producía el mestizaje los autores encontraron 23 colores diferentes que van del negro al blanco, y conforme se acerca el inicio del México Independiente ya los esclavos "de negro tenían poco".

Es interesante constatar que el tema sobre nuestra tercera raíz, la negra, empieza a motivar a diferentes investigadores que se acercan a fuentes primarias para poner en evidencia una realidad negada por muchos años. Nuestro pasado afro-mestizo está en casi todo el territorio mexicano y es de singular importancia el hecho de que en estados fronterizos, donde se pensaba que sólo había indígenas y españoles, la población negra y su mestizaje esté presente en un alto porcentaje.